

DÉCIMO NOVENO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Hay temporadas en las que la tentación se siente especialmente persistente. Puede ser que estemos teniendo un progreso constante en nuestra recuperación, practicando rutinas sanas y acercándonos a Dios, sólo para encontrarnos inesperadamente confrontando viejos pensamientos, detonantes ya conocidos o desmotivación. En esos momentos, puede parecer que la tormenta es más fuerte que nuestro deseo de libertad. Las lecturas de este domingo nos recuerdan que Cristo permanece presente aun cuando nuestra atención comienza a desviarse.

En la Primera Lectura, Elías se encuentra con el Señor mientras se esconde en una cueva (1 Reyes 19:9a, 11-13a). Un viento huracanado, un terremoto y un fuego pasan frente a él, pero el Señor no se encontraba en ninguno de ellos. En su lugar, Dios habla en el murmullo de una brisa suave. Elías reconoce su presencia y sale de la cueva.

La recuperación de la adicción sexual nos enseña una lección parecida. Muchas veces esperamos que Dios obre por medio de victorias espectaculares o la desaparición completa de la tentación. Muchas veces, Él lo hace. Pero más seguido, Su gracia se experimenta suavemente por medio de la oración, las conversaciones honestas con un padrino, madrina o amigo de confianza, las juntas regulares, los sacramentos y la simple decisión de elegir la integridad un momento a la vez. Estos actos ordinarios de fe gradualmente remodelan nuestros corazones, incluso cuando no reconocemos un cambio de forma inmediata.

El Evangelio presenta otra imagen poderosa de este recorrido (Mateo 14:22-33). Mientras los discípulos luchan contra el viento y las olas, Jesús viene hacia ellos caminando sobre el agua. Pedro responde con un valor extraordinario bajándose de la barca al escuchar el llamado de Cristo. Pero cuando su atención se desvía de Jesús hacia la tormenta que le rodea, se llena de miedo y

comienza a hundirse. Inmediatamente clama, “*¡Sálvame, Señor!*”, y Jesús le tiende la mano.

En la recuperación, reconocemos este momento. Comenzamos el día enfocados en Cristo, pero nuestra atención puede ser lentamente consumida por la tentación, la fantasía, la ansiedad o la soledad. En lugar de sacar esas experiencias a la luz, comenzamos a negociar con ellas, creyendo que podemos solucionarlas por nuestra cuenta. Poco después, el miedo y la autosuficiencia reemplazan la confianza, y nos encontramos siendo llevados hacia viejas conductas.

La experiencia de Pedro nos recuerda que el momento clave no es la presencia de la tormenta, sino la dirección de nuestra atención. La recuperación no se mide por jamás experimentar tentación. Se mide por la velocidad con la que regresamos nuestra atención a Cristo cuando surge la tentación. Hacemos una pausa. Oramos. Pedimos ayuda de otra persona. Redirigimos nuestros pensamientos antes de que se conviertan en acciones. Estas prácticas no son signo de debilidad. Son hábitos de fortaleza espiritual.

El Paso Once ayuda a esta reorientación cotidiana por medio de la oración y la meditación. En lugar de preocuparnos por la tentación, buscamos el contacto consciente con Dios. Con el tiempo, nuestros deseos comienzan a cambiar. Somos menos atraídos por lo que antes nos cautivaba y más llevados hacia una auténtica intimidad con Dios y los demás. La castidad crece no por el simple hecho de que resistimos los deseos malsanos, sino porque nuestros corazones cada vez están más llenos de algo mucho mayor.

Todos en la recuperación experimentan momentos de debilidad. Le ocurrió a Pedro. La diferencia es que él regresó hacia Jesús en lugar de alejarse de Él. Su clamor, “*Sálvame, Señor*” fue suficiente. Cristo respondió inmediatamente, no con rechazo, sino con compasión y fuerza.

Al continuar en recuperación, se nos llama a mantener nuestra mirada fija en Cristo, aún cuando las olas se perciban fuertes. La tentación puede seguir surgiendo, pero ya no tiene la última palabra. Aquél que nos llama a bajar del bote es el mismo que tiende Su mano cuando comenzamos a hundirnos.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué circunstancias o emociones más comúnmente tienden a llamar tu atención lejos de Cristo y hacia la tentación?
- ¿Qué prácticas cotidianas te ayudan a reconocer la voz suave de Dios antes de que la tentación adquiera fuerza?
- ¿De qué maneras has experimentado que Cristo se encuentra contigo con misericordia y fortaleza, después de haberle clamado con honestidad “*Sálvame, Señor*”?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA 1 Reyes 19:9a, 11-13a

SAL. RESP. Salmo 85:9, 10, 11-12, 13-14

SEGUNDA LECTURA Romanos 9:1-5

EVANGELIO Mateo 14:22-33